

# MASCOTA

PET

Copyright © 2019, Akwaeke Emezi

All Rights Reserved

This edition is published by arrangement with The  
Wylie Agency (UK) LTD.

Primera edición, septiembre 2022

© Arte y diseño de la cubierta de Natacha Bustos

© Traducción de Carla Bataller Estruch

© Corrección y maquetación de Pilar Caballero

Motivos de plumas: Helenartathome

© Edición de Crononauta

[www.crononauta.es](http://www.crononauta.es)

[info@crononauta.es](mailto:info@crononauta.es)

ISBN: 978-84-125717-4-5

Depósito Legal: SE 1645-2022

Impreso en Safekat (Madrid) / Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com)).



# **MASCOTA**

**AKWAEKE EMEZI**



 **Crononauta**



*A ti, que nos lees:*

*Mascota es un libro muy importante que trata temas difíciles relacionados con las personas más vulnerables de cada hogar. Te pedimos que leas con cuidado y siendo consciente de tus limitaciones. A pesar de su dureza, en el mundo de Mascota también hay lugar para la esperanza, el amor y la comunidad. Esperamos que lo disfrutes.*



*Para el mago,  
los hechizos que nuestras historias crean,  
nuestro modo de dar forma al mundo.*







# CAPÍTULO I

No deberían quedar monstruos en Lucille.

Solía haberlos en la ciudad, claro; ¿qué ciudad no los tenía? Solían estar por todas partes, espesando el ambiente y las oficinas, las calles y los hogares. Solían ser policías, y profesores, y jueces, y hasta el alcalde; sí, el alcalde fue un monstruo. Lucille tiene ahora un alcalde diferente. Este es un ángel; los dos últimos lo han sido. No ángeles procedentes del cielo ni el tipo de ángeles que son auténticos, sino de los que estuvieron en la retaguardia, el centro y la vanguardia de la revolución y, por consiguiente, muy reales.

Fueron los ángeles quienes desmantelaron las cárceles y la policía, quienes celebraron concilios para juzgar a los exagentes que habían disparado a niños y asesinado a gente, y los sentenciaron a la restitución y la rehabilitación. Mucha gente pensó

que aquello no bastaba, pero los ángeles solo eran humanos, y es difícil construir un nuevo mundo sin enfadar a nadie. Haces todo lo posible, actúas con compasión, piensas en el bien mayor. Ninguna revolución es perfecta. Mientras tanto, los ángeles prohibieron las armas de fuego, no solo por los tiroteos en las escuelas, sino también por los niños que se disparaban a sí mismos y a sus familias en sus casas; por los civiles que creían que podían disparar a personas que tenían un aspecto diferente, solo porque estaban enfadados o asustados o lo que fuera, y que no les pasaría nada porque la antigua ley los prefería a ellos y no a los muertos. Los ángeles cogieron las leyes y las cambiaron, tiraron esas estatuas horribles de hombres ricos que habían sido dueños de personas y luchado por seguir siéndolo. Los ángeles creyeron, y los demás coincidieron, que existía una buena cantidad de vergüenza más que merecida en la historia y que nunca deberíamos enorgullecernos de ciertas cosas.

Así que cambiaron esos monumentos por otros. Algunos eran estatuas de las personas fallecidas, sobre todo niños cuyos *hashtags* se habían convertido en gritos de guerra durante la revolución. Otros eran esculturas gigantes con miles de nombres grabados en ellas, porque había muerto demasiada gente y, si hacían estatuas de todos, Lucille acabaría poblada por efigies de piedra y

no quedaría sitio para los vivos. Los nombres eran de personas que habían muerto durante los huracanes, cuando los monstruos no evacuaron las cárceles ni mandaron ayuda; de personas que habían muerto cuando los monstruos enviaron drones y bombas a sus países (porque, como dijeron los ángeles, no deberíamos usar una nación como base para elegir qué muertes hay que llorar; las naciones ni siquiera son reales); de personas que habían muerto porque los monstruos les arrebataron la atención sanitaria... Nombres y nombres de más y más personas, una infinidad de letras que registraban su existencia.

La ciudadanía de Lucille puso decenas de velas blancas en la base de cada monumento, colgó capas de collares de caléndulas en los cuellos de las estatuas y, cuando pasaban junto a ellas, a menudo guardaban un momento de silencio y apoyaban una mano en la piedra para absorber el calor que el sol había dejado en ella y recordar las almas que contenía. Recordaban las marchas y las vigiliass, las grabaciones temblorosas que aparecían por todas partes con sus muertes (eso ya no estaba permitido: difundir de forma macabra el vídeo de la hija de alguien exhalando su último aliento, mientras gorgoteaba aire o sangre o dolor; los ángeles respetaban a los muertos y a sus seres queridos). La gente de Lucille recordaba los templos que fueron

bombardeados, las mezquitas, los ataques de ácido, las sinagogas. Recordar era importante.

Jam nació después de los monstruos. Pero, nacida y criada en Lucille, recordaba igual que todos los demás. Se lo enseñaban en la escuela: cómo los monstruos habían mantenido el poder durante tanto tiempo, cómo los ángeles los habían destituido y habían creado la Lucille de la actualidad. Los ángeles no querían que se los pintara como héroes, pero el profesorado quería que los niños *quisieran* ser ángeles, ¿entendéis? Los ángeles podían cambiar el mundo y Lucille era una muestra de ello. Jam sentía fascinación por los ángeles, por los relatos que los profesores contaban en clase de Historia. Mencionaron brevemente a otros ángeles, los que no eran humanos, pero solo para decir que los de Lucille habían recibido ese apelativo por ellos. Cuando Jam pidió más información, los profesores apartaron la mirada. Hablaron de libros religiosos, pero a regañadientes, porque no querían influenciar a los niños. La religión había causado tantos problemas antes de la revolución que ahora la gente se sentía reacia a hablar sobre ella. «Si de verdad quieres saber más del tema —añadió una profesora, compadeciéndose por la curiosidad frustrada de Jam—, siempre puedes ir a la biblioteca».

—¿Por qué no pueden decírmelo y ya está? —se quejó Jam a su mejor amigo, Redemption, al salir de la escuela.

Sus manos se convirtieron en un borrón mientras signaba y Redemption sonrió al percibir su irritación. Era el último día de clase antes de las vacaciones de verano y, aunque a él le emocionaba no hacer nada durante las próximas semanas excepto entrenar, Jam, como siempre, iba a la caza de información.

—Te estás poniendo deberes a ti misma —señaló.

—*¿No sientes curiosidad?* —replicó su amiga—. *¿Quiénes eran los antiguos ángeles, si no eran humanos?*

—Si eran reales siquiera, quieres decir. —Redemption se ajustó la correa de la mochila—. Sabes que eso era en gran medida la religión, ¿verdad? Cosas inventadas que usaban para asustar a la gente y poder controlarnos mejor.

Jam frunció el ceño.

—*Quizá, pero quiero saberlo de todas formas.*

Redemption la rodeó con un brazo.

—Y no serías tú si no quisieras saberlo —se rio—. Tengo que ir a recoger a mi hermanito de su clase y llevarlo a casa, pero cuéntame lo que descubras, ¿vale?

—*Vale.* —Le dio un abrazo de despedida—. *Dale un beso a Moss de mi parte.*

Redemption resopló.

—Lo intentaré, pero ahora se piensa que ya es mayor.

—¿*Demasiado mayor para un beso??*

—Eso es lo que yo dije. —Redemption alzó las manos mientras se alejaba—. ¡Hablamos pronto! ¡Te quiero!

—*¡Y yo a ti!*

Jam se despidió con la mano y lo vio echar a correr; su cuerpo se movía con una elegancia natural. Luego se dirigió hacia la biblioteca a buscar imágenes de ángeles.

El bibliotecario era un hombre alto con la piel oscura que cruzaba volando los suelos de mármol en su silla de ruedas. Se llamaba Ube, y Jam lo conocía desde que era un bebé que manoseaba los libros infantiles. Le encantaba estar en la biblioteca, el silencio casi sagrado que habitaba allí, cómo la hacía sentirse como en casa. Ube le sonrió cuando la vio entrar, y Jam cogió una tarjeta del mostrador y escribió su pregunta sobre los ángeles. La deslizó hacia Ube, que gruñó al leerla; luego asintió con la cabeza, escribió unos números de referencia debajo de la pregunta y se la devolvió a Jam. No les hizo falta hablar, lo cual era perfecto.

Tardó quince minutos en encontrar las imágenes antiguas, impresas en un papel fino y quebradizo y recogidas entre cubiertas pesadas. Aunque Ube no le había dicho que fuera necesario, Jam se planteó ponerse los guantes blancos que había en los cajones de la mesa de lectura para hojear los

libros, de lo antiguos que parecían. Sin embargo, no se hallaban en la sección protegida, así que dedujo que no pasaba nada por tocar el papel suave y frágil con los dedos. La sala en la que estaba permanecía en silencio, con unos ventanales enormes que se alzaban en las paredes y unos tragaluces abovedados que dejaban entrar el sol del atardecer. Jam se quedó unos minutos sentada con los dedos sobre las imágenes, observándolas, pasando una página y examinando la siguiente. Eran poderosas y desconcertantes. Al final acabó por cerrar y apilar los libros para dirigirse al mostrador de préstamo.

Ube alzó una espesa ceja negra al verla.

—¿Todos estos? —preguntó. Su voz parecía irreal, profunda y aterciopelada, como algo que solo debería vivir en la radio porque en el aire normal carecía de sentido.

Jam asintió.

—Tienes que ir con cuidado, ¿vale? Son viejísimos.

La chica asintió de nuevo y Ube la contempló un momento antes de sonreír, sacudiendo la cabeza.

—Tienes razón, vas con cuidado. Como siempre. —Escaneaba los libros mientras hablaba—. Tratas los libros con delicadeza, como si fueran flores o algo. —Jam se sonrojó—. No seas tímida, venga. Los libros son importantes. —Les puso el sello por ella—. ¿Necesitas una bolsa, cielo? —La chica

negó con la cabeza—. Pues ya estaría. Acuérdate, dos semanas.

Jam se apoyó los libros en la cadera, asintió y se marchó. El peso tiró de su brazo hasta llegar a casa, y los llevó directamente al piso de arriba, al estudio de su madre. Esta había nacido cuando había monstruos; la abuela de Jam, una mujer demasiado amable para su época, procedía de las islas. Para ella, vivir en aquel entonces dolió demasiado, y más que le dolió dar a luz a la madre de Jam, cuya existencia fue el resultado de la monstruosidad de un monstruo. Esa abuela había muerto poco después del parto, pero no sin antes darle el nombre de Bitter a la madre de Jam. Nadie se lo había discutido a la mujer moribunda.

Bitter conocía el peso de su nombre, pero le daba igual, porque era sincero. Eso mismo le había enseñado a Jam: que muchas cosas se podían manejar, siempre y cuando fueran sinceras. Las cosas se veían con claridad cuando eran sinceras; podías decidir qué hacer, porque sabías con exactitud a lo que te enfrentabas. Bitter nunca le había mentado a Jam, siempre le contaba la verdad, incluso aunque a veces no pudiera suavizarla tanto como habría deseado por el bien de su hija. Pero Jam confiaba en su madre para oír esas verdades tan despiadadas, y por eso el primer sitio al que llevó los libros con ángeles fue su casa.



Al entrar, vio que su madre estaba pintando. En el estudio sonaba música potente, *grime* de la vieja escuela en esa ocasión; la energía chocaba contra la luz, y las trenzas de Bitter volaban al son de la voz de Stormzy. Jam dejó los libros en una mesa donde no había demasiadas cosas y apoyó los codos sobre ellos para observar cómo los omoplatos de su madre se sacudían y convulsionaban mientras se movía a gatas, con un lienzo enorme extendido debajo de ella. Bitter aferraba un pincel entre los dedos, tenía las articulaciones en ángulos en apariencia dolorosos y entornaba los ojos con la boca entreabierta. Siempre pintaba de esa forma, medio bailando en una especie de trance, y siempre acababa agotada después. Jam no quería interrumpirla.

El padre de Jam, Aloe, era el único que podía comunicarse bien con su esposa mientras trabajaba. Jam pensaba que era por su rollo, por su forma de estar en sintonía el uno con la otra. Aloe solo tenía que acercarse lo suficiente a Bitter. Se acullaba a unos centímetros del borde del lienzo y aguardaba, respirando como siempre, con calma y regularidad. Jam lo había presenciado muchas veces: las manos de su madre reducían la velocidad, las pinceladas se volvían más suaves y cortas, hasta que al final Bitter dejaba de moverse por completo y bajaba los hombros como un pájaro que aterriza y pliega las alas. Su largo cuello se curvaba hacia

arriba, alzaba el rostro y miraba a Aloe a los ojos. Su sonrisa era como el inicio de un nuevo día.

Jam se arrastró debajo de la mesa para enroscarse en una manta que había allí. Cada vez le costaba más entrar en esos espacios pequeños en los que le gustaba esconderse; con cada estirón, le crecían los brazos y las piernas, y ya era casi tan alta como Bitter. Dejó caer los tobillos contra la madera y dobló los brazos en una almohada debajo de la cabeza. Se quedó dormida, con el bajo de la música tamborileando en sus huesos a través del suelo. Le pareció que solo habían pasado unos minutos cuando la mano de su madre le rozó la mejilla.

—¿Jam-jam? Despierta, cariño.

Parpadeó y el rostro de Bitter se enfocó, fragmento a fragmento: los pómulos marcados, las cejas con poco pelo, la ancha boca de un rojo mate. Los dientes de su madre, afilados y blancos, aparecieron ante ella cuando le sonrió. La música había parado.

—Bienvenida de nuevo, hija —dijo Bitter—. ¿Te levantas? —Jam le agarró la mano para salir de debajo de la mesa y evitar el canto. Se había golpeado la cabeza con él demasiadas veces—. ¿Cuánto tiempo llevabas ahí?

Jam se encogió de hombros y su madre le quitó una pelusa imaginaria del cabello. La cara de Bitter estaba manchada con distintos tonos de pintura